

*El exilio ayuda
a aborrecer
las fronteras.*

Entrevista con Nicolás Sánchez- Albornoz

María Teresa Pochat

Doctora en Filosofía y Letras, por la Universidad Complutense (Madrid), catedrática de Filología Hispánica en las universidades de Mar del Plata y La Plata y profesora adjunta en la Universidad de Buenos Aires. Desde 1990 dirige el proyecto internacional de investigación y recuperación de archivos y testimonios sobre la guerra civil y el exilio republicano español en la Argentina, que desarrolló el Ministerio de Cultura español en colaboración con la Fundación “C. Sánchez-Albornoz. Marco de sus estudios sobre la guerra civil y el exilio su colaboración en *El destierro español en América - un trasnase cultural*. Compilador: Nicolás Sánchez-Albornoz. Siruela, Madrid, 1991. Miembro del consejo asesor de la revista *Olivar*, en la cual, con la colaboración de Raquel Macciuci, editó números dedicados a Max Aub y a la Guerra Civil, y miembro del comité científico de Ediciones del lado de acá, editorial en la cual, con Raquel Macciuci, publicó en 2010 el libro *Entre la memoria propia y la ajena. Tendencias y debates en la narrativa española actual*.

Contacto: mariateresapochat@gmail.com

ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Nacido en Madrid en 1926, a los nueve años tuvo que exiliarse con su familia en Burdeos, ante el estallido de la guerra civil. Cursó allí el bachillerato y volvió a España cuando los alemanes invadieron Francia. Comenzó la carrera de Historia en la Universidad Central de Madrid. Por estar afiliado a la Federación Universitaria Escolar (FUE), lo detuvo la policía política de Franco y fue encarcelado. Condenado a seis años de trabajos forzados, consiguió sin embargo evadirse de Cuelgamuros, junto con Manuel Lamana de cuya obra literaria se ocupa también este número de *Caracol*. En 1948 pudo embarcar hacia Buenos Aires, ciudad en la había encontrado refugio su padre en 1940 y donde Nicolás Sánchez-Albornoz tuvo que reiniciar sus estudios. Graduado en Historia por la Universidad de Buenos Aires, enseñó en numerosas casas de altos estudios del país. En la Universidad Nacional de Rosario creó el Instituto de Investigaciones Históricas, que alcanzó gran prestigio. A raíz del golpe militar de Juan Carlos Onganía se trasladó a Estados Unidos, país en el que dictó clases de Historia Contemporánea de España y de Historia de Latinoamérica en la New York University, de la cual es profesor Emérito. Regresó definitivamente a España en 1991, al ser designado como primer director del Instituto Cervantes, creado pocos meses antes. Es miembro de prestigiosas instituciones académicas de Europa y América y Doctor Honoris Causa por varias universidades. Autor de numerosos libros y de cientos de artículos científicos, continúa participando de manera constante en actividades académicas relacionadas con la guerra civil y sus consecuencias.

NOTA INTRODUCTORIA

Tuve la fortuna de conocer a Nicolás Sánchez-Albornoz en 1987, cuando el Instituto de Cooperación Iberoamericana de Madrid preparaba una exposición sobre el destierro republicano español, en conmemoración de los cincuenta años del final de la guerra civil. Se me había encargado recopilar para la muestra material representativo de la España Peregrina que hubiera sido conservado en nuestro país. Para lograr este objetivo, realicé muchas entrevistas personales a protagonistas de la diáspora y visité museos, archivos y editoriales en los que pude localizar documentación gráfica relevante y, sobre todo, profundizar mi conocimiento sobre este tema, que había comenzado a estudiar con la valiosa colaboración de Emilia de Zuleta, autoridad indiscutida en la materia.

Como es de suponer, no queríamos que faltaran en la exposición libros, fotografías y documentos de Claudio Sánchez-Albornoz, el ilustre medievalista que había ocupado desde muy joven importantes cargos académicos y diplomáticos y que, radicado en la Argentina durante muchos años, había sido profesor en universidades de este país y fundador del Instituto de Historia de España de la Universidad de Buenos Aires. Además, en 1962 había sido designado Presidente del Gobierno Español en el Exilio, por lo que la evocación de su figura resultaba indispensable en una oportunidad que tenía como objeto presentar un panorama lo más completo posible de la contribución cultural de los exiliados. Aproveché la ocasión que me brindaba un viaje de Nicolás Sánchez-Albornoz a Buenos Aires para solicitarle una entrevista. Ya estaba al tanto de los principales datos de la trayectoria profesional de este historiador y pensé que, no sólo podría orientarme sobre la localización y selección de documentos relacionados con su padre, sino también aportar elementos personales para la muestra y facilitarme el acceso a otras personalidades republicanas. Lo que no imaginaba era que iba a encontrarme con alguien tan erudito como generoso

en la transmisión del conocimiento, tan firme en sus convicciones como abierto a nuevas propuestas.

Por diversos motivos, la exposición no llegó a concretarse pero el Instituto de Cooperación Iberoamericana, con la colaboración de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y la Comunidad Autónoma de Madrid, decidió realizar en 1989 un simposio internacional sobre el exilio republicano español en América y encargó la organización a Nicolás Sánchez-Albornoz. El destacado historiador solicitó mi ayuda para coordinar la convocatoria, a la que respondieron positivamente decenas de personalidades del exilio residentes en España y en distintos países de América, que participaron en el encuentro junto a investigadores de diversas especialidades. En esa oportunidad, se presentó además el número monográfico de *Cuadernos Hispanoamericanos*, revista editada por Cultura Hispánica y Rafael Alberti brindó un recital de sus poemas de exilio, junto con José Luis Pellicena. Fruto de la exitosa labor desarrollada durante las jornadas de reflexión fue el libro *El destierro español en América. Un trasvase cultural* (1991), que reúne el núcleo central de las comunicaciones presentadas.

En opinión de Nicolás Sánchez-Albornoz, aquello no era suficiente y las actividades de conmemoración y homenaje organizadas en España y otros países durante 1989 debían encontrar continuidad en proyectos de mayor alcance. Como historiador, planteó a las autoridades del entonces Ministerio de Cultura español la urgente necesidad de preservar los fondos documentales que sobre la guerra civil y el exilio republicano español existían en Argentina, ya que corrían el riesgo de desaparecer o de que no alcanzaran la difusión necesaria. Esta tarea ya había sido llevada a cabo con relación al legado de su padre pero le preocupaba el destino de otros archivos. La propuesta fue aceptada y la Fundación “Claudio Sánchez-Albornoz”, con sede en Ávila, firmó un convenio para desarrollar el proyecto que he tenido el honor de dirigir durante dos décadas. Para ponerlo en práctica, equipos de investigadores de diferentes provincias argentinas

han catalogado y microfilmado importantes documentos institucionales y privados relacionados con la investigación. El detalle del desarrollo de esta tarea forma parte de un libro específico, que se encuentra en prensa. No obstante, quiero destacar y agradecer hoy aquí el hecho de que en nuestra labor profesional los investigadores argentinos hemos contado siempre con el apoyo fundamental y desinteresado de Nicolás Sánchez-Albornoz quien, a pesar de sus múltiples ocupaciones personales, participó en jornadas y congresos que organizamos, escribió para *Olivar. Revista de Literatura y Cultura Españolas*, de la Universidad Nacional de La Plata y accedió con la mejor disposición a las entrevistas que le solicitamos. Claro ejemplo de ello es la que figura a continuación, especialmente realizada para este dossier de la revista *Caracol*.

María Teresa Pochat

Buenos Aires, octubre de 2013

María Teresa Pochat: El título de su último libro autobiográfico es *Cárceles y exilios*. ¿Por qué eligió ese eje temático para sus memorias? ¿Cree que la cuestión continúa teniendo vigencia, a pesar del tiempo transcurrido desde que sucedieron los hechos que narra?

Nicolás Sánchez-Albornoz: Mi último libro, no lo considero una autobiografía. Le faltan a mi parecer ingredientes habituales del género y no cubre por entero mi existencia. El relato se detiene en el momento en el que doy por concluido mi exilio. Por fortuna, varios decenios de una vida no inútil han transcurrido desde entonces (1976). ¿Testimonio sobre una época? Más vale, pero con una salvedad. La ficción es capaz de recrear el pasado con eficacia y acierto. La novela histórica elige a veces el hilo de un personaje para reconstruir y juzgar una época. Los ejemplos clásicos abundan. Ahora bien, mi intento de reconstruir el pasado prescinde de la ficción. En más de un concepto, el libro es historia, encerrada deliberadamente dentro de una unidad de tiempo: el franquismo. La compulsión de archivos refrenda a continuación el testimonio de los episodios más salientes. ¿Vicio profesional? En mí, arraigado e ineludible. La novela de Manuel Lamana *Otros hombres*, de tema común en parte, deja en claro las diferencias de procedimiento que cabe seguir. Misos episodios, tratamiento distinto. Cuando la novela de Lamana se publicó en Buenos Aires en 1956, la narración histórica resultaba impracticable. En España, los compañeros estaban vivos y los archivos cerrados a cal y canto. Un planteo pegado a los hechos, pero con licencias literarias y fuerte carga subjetiva, permitía vencer las dificultades presentadas y valió, lo que no es poco, para lanzar a un escritor cuya obra posterior cabalga entre evocación y ficción. Aprovecho la ocasión que se me presenta para expresar mi satisfacción de que *Caracol* quiera reunir en sus páginas los destinos compartidos y los tratamientos divergentes de Manuel Lamana y míos.

Otros hombres ejerció, nótese, un efecto inhibitor sobre mi memoria. Retrasó mi testimonio. El relato de mi fogueo carcelario y de mi fuga estaba escrito. La repetición no parecía justificada. Del franquismo en general, no de mis vicisitudes, empecé a ocuparme en coloquios o conferencias en la medida en que los prohombres del exilio republicano desaparecían y cedían el testigo –nunca mejor dicho– a la generación posterior a la que pertenezco por edad. Liberado más adelante de otros compromisos, descubrí que podía abrir juicio sobre el régimen ascendiendo de lo particular a lo general, es decir de mi experiencia de cárceles y exilio, de ahí el título con el que bauticé al libro, a lo definitorio del franquismo. De éste, no incorporaría en mi escrito sus fechorías más sangrientas, que la historiografía reciente tiene documentadas, por más que quepa ampliar evidencias, sino su tozudez en la represión. Nostálgicos del franquismo sigue habiendo en España. Se trata de un problema sociológico sobre el que la información no hace mella. Dar a conocer el pasado no lo entiendo por consiguiente como un servicio informativo, sino como un acto de justicia hacia quienes padecieron.

M.T.P.: Su gran interés por los estudios demográficos ha quedado plasmado en muchos de sus escritos. Entre otros, en libros tan conocidos como *Espanoles en América*. La emigración en masa 1880-1930. ¿Qué rasgos específicos diferencian el exilio provocado por la guerra civil de otras migraciones españolas masivas? ¿Por qué ha escrito sobre los integrantes de la diáspora que “A América llegaron los más afortunados”?

N.S.A.: El éxodo masivo posterior a la guerra civil reviste grandes diferencias en número y en composición con respecto a la emigración económica tradicional. En pocos meses del invierno de 1939 halló refugio en Francia y norte de África alrededor del 2 por ciento

de la población española, una proporción nunca alcanzada antes en tan corto tiempo. También varió la procedencia ocupacional y regional de los expatriados. Mientras que, a fines del siglo XIX y principios del XX, la emigración brotó en su mayoría del medio rural, no fue calificada y procedió de la franja cantábrica de la península, de Galicia al País Vasco, esta zona, ocupada rápidamente por los golpistas del 36, no pudo proporcionar un número elevado de refugiados al gran éxodo. En los asilados del 39, el perfil fue en cambio urbano, con alto grado de calificación manual o intelectual, y oriundo de las regiones del centro y Levante de España que resistieron más tiempo a la embestida facciosa. Contraste profundo pues entre ambas salidas. Buena parte de los que marcharon meses después de Francia a América fueron profesionales, intelectuales y artistas. El éxito de su labor americana favoreció luego su imagen positiva. ¿Afortunados? Lo fueron quienes pusieron el Atlántico de por medio. No terminaron en Mauthausen u otros campos nazis, ni dieron sus vidas en la Resistencia francesa, ni en los frentes de Normandía, África, Rusia y otros, donde -se olvida- que combatieron. Tampoco padecieron las penurias y las incertidumbres de la ocupación alemana. En América, la mayoría -no todos- encontró en cambio la oportunidad de proseguir sus trayectorias profesionales y de contribuir al desarrollo técnico, educativo, científico y artístico del país huésped. Su contribución dependió en buena medida también de la receptividad mostrada. Ella varió considerablemente de país a país. Juego pues a dos bandas.

M.T.P.: ¿Qué balance puede hacer hoy de su exilio argentino? ¿En qué medida se mantuvo en contacto con otros exiliados republicanos españoles?

N.S.A.: Comenzar una carrera docente y de investigación en el exilio como yo tuve que empezar en la Argentina, a diferencia de los

exiliados mayores que llegaron consagrados, con títulos y un notable bagaje, llevó a una relación diferente a la que desarrolló el refugiado “estándar”, produce ataduras distintas con el país y con la colonia de exiliados. En mi caso, la relación con el país resultó más fluida. Me gradué en la Universidad de Buenos Aires. Mis compañeros fueron argentinos e hice más las inquietudes sociales y políticas del estudiantado de entonces. Por otra parte había dejado compañeros en la cárcel en España. Compartía más preocupaciones con ellos que con los correligionarios salidos nueve años antes. No tardamos en acabar en Buenos Aires cinco huidos del mismo grupo resistente en España. La falta de compañeros de estudio argentinos les llevó a relacionarse más que yo con los republicanos españoles. Vivir con mi padre, un republicano a machamartillo llegado ocho años antes, me aseguraba no obstante una relación estrecha con la colonia republicana. Ella existió, pero con un matiz poco habitual y que llegaría a tener después consecuencias personales.

M.T.P.: Usted se ha especializado en la historia contemporánea de España pero también en importantes temas de historia de América ¿Cómo ha conseguido abarcar un campo tan amplio de investigación?

N.S.A.: Mis indagaciones históricas presentan en efecto una marcada bifurcación: por un lado me he dedicado a la historia contemporánea de España, en especial a la económica, y, por el otro, a la americana, en especial el pasado de su población. Dentro de la línea americana añadiría mis tempranos escarceos en la arqueología patagónica, concretados en seis publicaciones, todas argentinas. Entre mi interés por la arqueología y la demografía no veo oposición alguna, sino una fácil transferencia. Que no cerrara los ojos a ciertos aspectos del devenir americano me parece natural dada mi formación y el medio en el que me desarrollé. Al instalarme después en los

Estados Unidos, esa inclinación no se debilitó por tener que enseñar allí historia latinoamericana. El interés por la historia española contemporánea tiene, por otra parte, que ver con la experiencia ingrata que me llevó al exilio. Me rondaba la preocupación por la reciente tragedia de España. ¿Hasta dónde podían remontarse sus causas? El atraso económico brindaba un campo de reflexión. De ahí mis estudios sobre el mundo agrario del siglo XIX y la modernización. Advierto que el concepto de dualidad que apliqué a la economía decimonónica española tiene procedencia intelectual americana (Cepalina).

M.T.P.: ¿Qué puede decirnos de su experiencia como docente en universidades argentinas y de su decisión de dejar el país y trasladarse a Estados Unidos?

N.S.A.: Terminados mis estudios se me presentó la oportunidad de formar parte del gran proyecto de renovación universitaria que se dio en la Argentina de 1955 a 1966. Enseñé historia en varias universidades nacionales. La eficacia de los cambios introducidos en la enseñanza y en la investigación en ese oncenio excepcional alarmó a elementos cavernícolas que se prendieron de la oreja de los militares nacionalistas, retrógrados e incultos que tramaron el golpe de 1966 y violentaron las universidades, autónomas hasta ese momento. No se privaron de dictaminar qué se debía enseñar e investigar y qué no, en la universidad y en los demás niveles educativos. Quienes de nosotros concebían su actividad como algo más que un empleo remunerado, renunciamos a nuestras cátedras para llamar la atención sobre lo destructivo del plan puesto en marcha. Ante la falta de rectificación o de diálogo, cada renunciante hubo de buscar trabajo afuera del país. Centenares de docentes y científicos de aquella acreditada universidad encontraron en Estados Unidos, Europa y también en

Latinoamérica, dónde proseguir su actividad de modo provechoso. El nacionalismo argentino, de corto entendimiento, anotó de este modo en su activo el haber impulsado el *braindrain* de sus compatriotas, tan dañino para el país. En lo que a mí respecta, aunque me costó un par de años obtener el visado norteamericano, tuve la suerte de ser llamado al departamento de historia de New York University. La relación con esa universidad, para mi fructífera, duró casi un cuarto de siglo.

M.T.P.: Llama la atención que, entre tantos otros temas posibles, en su libro usted dedique especial atención a la editorial Ruedo Ibérico ¿Podría explicarnos el porqué de esta elección?

N.S.A.: En mi libro dedico efectivamente un capítulo a la editorial Ruedo Ibérico creada en el exilio de París en 1961. Formé parte del núcleo fundador, aunque por residir primero en Buenos Aires y luego en Nueva York no pude incidir en el día a día de la empresa. Su director y alma, José Martínez, siempre contó sin embargo conmigo. Ruedo Ibérico significa en el orden personal una reafirmación de mi compromiso activo contra el franquismo, nunca disminuido por el grado de integración a los países de acogida. Al empezar el decenio de 1960, estando en Francia becado, el exilio pasaba por su etapa de mayor incertidumbre. Después de las ilusiones que nos habíamos hecho de que la conclusión de la Segunda Guerra Mundial acarrearía, necesariamente, la desaparición de Franco, el régimen se había consolidado al amparo de la guerra fría. En contrapartida, había emprendido a regañadientes cambios internos que le irían debilitando. Del exilio, las instituciones y los partidos habían perdido en ese momento toda iniciativa internacional e interior. Para no caer en la inercia, tres posibilidades se abrían a los exiliados en esa adversa coyuntura: pasar a la acción urbana violenta en España (es entonces

cuando nace ETA), volver a España para sumarse a una incierta actividad política o sindical clandestina o prestar apoyo desde afuera a la deslegitimación del régimen para sustraerle respaldo interior. La resta había empezado ya. Por ventajas comparativas, la última clase de acción parecía aconsejable. Así es como se nos ocurrió fundar una editorial fuera del alcance de la censura, escrita no para los exiliados sino para y por la gente del interior. Mantener una empresa no subsidiada cuyas publicaciones sufrían además persecución dentro del país, no resultó tarea fácil. Ruedo Ibérico pasó por períodos bajos, pero también por otros altos. Los libros llegaron, prodigiosamente, a España y fueron leídos y comentados al punto que el régimen tuvo que acusar el golpe y reaccionar como sabía hacer. La historia -empezando por el primer título publicado, la de la guerra civil de H. Thomas- desempeñó un papel esclarecedor de primer orden, seguida ella por la exposición sin velos de la situación económica, sociológica, política, intelectual... La difusión clandestina de los libros y de la posterior revista abrió un campo al conocimiento y a la libertad de pensamiento. Por modesta que haya sido su contribución a esta apertura, no cabe explicar sin Ruedo Ibérico la evolución posterior del país. El capítulo se aparta un tanto del relato más personal seguido por el libro hasta entonces. Se incluye en él como ilustración de una faceta, poco recordada, del largo exilio.

M.T.P.: Esta faceta relacionada con el mundo editorial a la que usted alude me llevaría a multiplicar las preguntas sobre otros temas a los que usted ha dedicado gran atención y que, para los que nos hemos graduado en Letras, revisten especial interés. Pienso, por ejemplo, en su labor como director de la colección Alianza América y del Instituto Cervantes o en escritos tales como “América: población y lengua”

[1992]; “De las lenguas amerindias al castellano. Ley o interacción en el período colonial” [2001]. Sin embargo, quiero ceñirme a cuestiones estrechamente vinculadas con las que propone este dossier de la revista Caracol. Por ese motivo, prefiero reservar determinados asuntos para otra ocasión y dar lugar a la reseña de *Cárceles y exilios* que se publica a continuación.

Al reiterarle el agradecimiento por el valioso testimonio que nos ha brindado hoy, le damos la enhorabuena por el homenaje que, al cumplirse diez años de su creación, le ofrecerá dentro de pocos días la Asociación de descendientes del exilio español en el teatro del Liceo Francés de Madrid.